



En recuerdo de un arqueólogo iraquí. Salah Salman Rumaiydh Ali al-Yuburi (1947-2017)

Creo que fue bastantes meses después de producido el óbito, cuando tuve casual noticia del fallecimiento del Dr. Salah, mi querido y entrañable amigo y compañero en la excavación arqueológica de Tell Mahuz. En realidad, amigo entrañable nuestro, de todos cuantos participamos en aquella arriesgada y luminosa empresa arqueológica hispano-iraquí. No me recato en decir que, al saberlo, sentí honda pena y una rabia infinita. Pena, por su inesperada partida, mucho antes de lo que en ley de vida cabía esperar. Rabia, por las condiciones extremas que la perversa destrucción progresiva del Iraq laico y ya asediado que compartimos, antes del año 2003, impusieron a aquellos y a los postreros años de su vida. Con él se ha ido otro de los especialistas árabes que hicieron grande la arqueología iraquí. Salah ha muerto como Riad al Duri¹ –asesinado tras la guerra-, como Donny George² –fallecido en el exilio- o como tantos otros profesores y estudiosos iraquíes, sin poder culminar sus sueños, como los de muchos compatriotas y colegas llevados a la forzosa emigración, repartida por el ancho mundo. Él, ellos eran y son parte de toda una generación sacrificada de científicos y arqueólogos de Iraq, que como las precedentes, trabajaba en pos de la idea y el empeño de Sāṭi` al-Ḥuṣrī, desde Saïd Fuad Safar, Muhammad Ali Mustafa o Taha Baqir. Todos ellos fueron conformando el Museo Nacional de Iraq y el Departamento de Antigüedades y

¹ P. Miglus.- “Obituario. Riad al-Duri”, *ISIMU* 6 (2003): XIII-XIV.

² J. M^a Córdoba.- “Donny George Youkhana. In memoriam”, *ISIMU* 14-15 (2011-2012): IX-X.

Patrimonio más completo, poderoso y brillante de la región y, sin duda, uno de los primeros del mundo. Se nos fue Salah, se me fue y ni siquiera pude compartir con él, nuestro último té.

Salah Salman se licenció en Arqueología en 1969, en la Facultad de Letras de la prestigiosa Universidad de Bagdad, especializándose en la arqueología y la arquitectura del III y II milenio a. C., con su máster en la Facultad de Letras y su Doctorado en la misma facultad y universidad, ambos obtenidos años después. Y ello porque muy pronto unió sus destinos al Departamento de Antigüedades y Patrimonio, puesto que entró en el mismo como arqueólogo tan solo a tres años de su licenciatura (1972), estando desde esa fecha ocupado continuamente en sucesivas misiones y destinos, como la conservación y restauración del yacimiento casita de Aqar Qūf/ Dūr Kurigalzu (1972), el palacio omeya de Dar al ‘Imara, junto a la mezquita de Kufa (1973), o los palacios, mezquitas y todo el yacimiento arqueológico de la ciudad abasí de Samarra (1974) y la fortaleza y palacio también abasí de Ujaidir (1974), cuya dirección asumió al año siguiente. En esa línea de conservación y salvamento deben contarse su primera responsabilidad en Babilonia (1975), su participación en la misión de Marqad al Arba’in, cerca de Tikrit (1976) y en el gran proyecto internacional de salvamento de yacimientos arqueológicos en el territorio afectado por la construcción de la presa del lago Hamrin (1977-1980).

Como director responsable estuvo al frente de numerosas excavaciones arqueológicas y proyectos de diverso tipo, como la excavación de Yāsīn Tepe, en la región de Sulaimaniyah (1978), la de Tell Yoja, cerca de Faluya (1980), los trabajos de salvamento de lugares arqueológicos con ocasión de la construcción de la Autopista I (1981-1982), en el desarrollo del proyecto de geometría arqueológica llevado a cabo en la provincia de Anbar (1983), el plan de reconstrucción de Babilonia (1984-1986), en los trabajos consecuencia de la construcción de la presa de al Bagdadi (1990) y otras excavaciones en Babilonia (1999), Tell al Wilaya, en la provincia de Wasit (2001) y Tell Asmar / Ešnunna, en el Diyala (2002). Además, fue representante de la Dirección de Antigüedades de Iraq en el proyecto soviético de Yarim Tepe (1974) y en la misión francesa de Larsa –dirigida entonces por J. L. Huot (1989)-, así como en la misión conjunta hispano iraquí de Tell Mahuz, que yo coordinaba junto con él (1997, 2000-2003).

Igualmente desempeñó responsabilidades diversas en el departamento y en la universidad. Dirigió el Departamento de Investigación Arqueológica (1994-1996) y fue profesor en la Academia de Bellas Artes de la Universidad de Bagdad y en el Departamento de Arqueología de la misma universidad (1998-1999). Sus últimos destinos fueron la dirección del Equipo de Geometría Arqueológica en el oeste de Iraq (2001) y la dirección general de la Oficina de Estudio e Investigación del Departamento de Antigüedades (2003-2005), pasando a retiro el año 2008. Publicó numerosos libros y trabajos en diferentes revistas científicas y participó en distintos congresos nacionales e internacionales. Por ejemplo, tuve la satisfacción de recibirle aquí, en nuestra Universidad Autónoma, con ocasión del *V International Congress on Archaeology of the Ancient Near East* (8 a 5 de abril de 2006). Mas para mí, para nosotros, el Dr. Salah era mucho más que un reconocido y prestigioso científico. Y por eso le recordamos de un modo especial.

Con él compartimos los duros años del bloqueo anterior al año 2003, cuando formamos parte un equipo científico hispano-iraquí, y ambos asumimos la responsabilidad de llevar a cabo la excavación de Tell Mahuz, a unos setenta kilómetros al oeste de Kirkuk, a orillas del río Zab Menor. Con nuestro colega, nuestro amigo, casi un entrañable hermano, forjamos entonces lazos de verdaderos veteranos, porque eran tiempos de guerra, bombardeos de vez en cuando y acoso continuo a Iraq. Una época de embargo inmisericorde, inmoral e inhumano, auspiciado por la arrogancia impune anglosajona. Responsable último de la parte española,

asumí con gusto romper ese bloqueo infame en la medida que pude, llevando medicinas tan “peligrosas” como el *Thrombocid*, que paliaba un tanto los dolores de nuestro amigo y que era de imposible adquisición en el país. O pegamento *Imedio*, sometido a embargo por su constitución –con el escandaloso acuerdo de la UNESCO-, tenido como elemento peligroso (increíble, pero cierto), junto con los carretes fotográficos, imprescindibles para los restauradores y arqueólogos iraquíes. O cuando llevamos muchos lápices para los niños de la escuela de Mahuz, peligroso elemento según la ONU, susceptible de ser utilizado en la fabricación de “armas de destrucción”, sin duda masiva. O las veces que introducimos cuantos medicamentos básicos o material escolar pudimos llevar en esos años. Con las penurias sufridas y compartidas en aquel tiempo –nosotros sólo durante nuestra misión-, los lazos anudados con él, con la población de Tell Mahuz y con tantos otros colegas no se pueden olvidar. Por eso ¿es preciso explicar por qué nuestra amistad se fraguó entonces y permaneció después, a pesar de que nunca hayamos vuelto a Iraq antes de su muerte?

El Dr. Salah, arqueólogo iraquí, ha muerto. Más para nosotros, para sus hermanos y colegas era sólo Salah, nuestro querido Salah. Aún recuerdo el abrazo emocionado que nos dimos en la Universidad Autónoma, cuando vino al *VICAANE* (2006). Lo reconozco: ambos sollozamos de emoción. Era la vez primera que nos veíamos tras una guerra infame y en el tiempo que cualquier intelectual o profesor iraquí sufría serio peligro de muerte, sólo por serlo. Él también había estado a punto de ser ejecutado por asesinos islamistas. Salvó la vida milagrosamente. Pero no pudimos reanudar el proyecto que nos hizo amigos. Antes de la guerra, en muchas ocasiones hablamos ambos de Tell Mahuz y la más que probable posibilidad de que allí halláramos la ciudad mitannia de Turša. Más de una vez acariciamos juntos la línea de ladrillos que en las torres marcaba suelos palatinos del II milenio, semejantes a los de Nuzi. Él ha partido antes hacia el más allá: y yo le seguiré sin poder confirmar la certeza de nuestra hipótesis. Pero cuando me reciba al otro lado, seguro que él tendrá ya la solución. Le pido, eso sí, que la paladeemos juntos sentados ante ese té último que no llegamos a compartir. Hasta entonces, querido Salah, Dr. Salah, descansa en paz.

Joaquín María Córdoba
Universidad Autónoma de Madrid